

Prioridad uno

En un museo de Arte Contemporáneo todos los días se trabaja en una gran cantidad de actividades, todas ellas con el objetivo común de dar cuenta de las muestras que se tienen en el momento y de las actividades formativas y de capacitación que tiene **programado** el mismo. Las guías de salas son una parte de ese trabajo diario y requieren de una programación concreta, en principio plantear un cronograma diario para que no haya superposiciones entre los grupos visitantes.

Además de organizar un guión para el recorrido de salas de manera que el relato refiera específicamente y que vaya implementando en su devenir todas las instancias que tuvieron que ver con los procesos de realización, así como también de los puntuales y efectivos resultados que están a la vista.

La guía de sala es una apoyatura fundamental a tener en cuenta cuando uno está al frente del grupo, ya que de ese modo, además de un relato organizado se podrá hacer frente a una cantidad de preguntas que surgen en el momento, que irán apareciendo en la medida en que se va dando las pautas, tanto generales como específicas de la muestra en cuestión.

Cada trama, tendría su paralelo planificado como la improvisación sobre las consultas y planteos del momento.

Los casos que venimos a contar en esta ocasión tienen que ver con lo antes dicho: una planificación organizada, un importante trabajo social que en aquél momento llevaba adelante el museo y que consistía en buscar grupos de niños de los barrios periféricos, previo acuerdo con las escuelas, para visitarlo y realizarles las guías de salas.

En el momento en que se estaba realizando una de esas visitas a la muestra de pinturas "Una mirada contemporánea", contando vida y obra del autor, Carlos Gorriarena, se pidió como un corte para retrotraer al momento de quienes estaban observando y, diciendo que como todos conocíamos el nombre del artista, sería bueno decir los nombres de todos los presentes para saber quiénes éramos los que estábamos reunidos. Así en una ronda que informalmente se organizó, comenzaron los chicos, de entre 10 y 11 años, a decir sus nombres. Pasados unos cuantos que ya habían dicho como se llamaban, llegamos a uno que se autodenominaba "mocososo de mierda".

Atónitos, sin saber para qué lado arrancar y por supuesto quebrando el clima de lo programado se paró allí todo lo que se daba y se preguntó por qué decía que se llamaba de esa manera, a lo que el niño contestó que así le decían todos. A continuación se le preguntó quiénes eran los que lo llamaban de ese modo y entonces contó que deambulaba y pedía en la calle y que así lo llamaban y le propinaban el mensaje "salí mocososo de mierda" y que también de esa manera lo trataban en su casa. Es decir que él consideraba ese como su nombre.

En ese momento lo único que podía hacerse era trabajar la situación, dejar todo lo planificado de lado, porque alguien de los presentes carecía "nada menos" que de identidad, o la tenía distorsionada, desdibujada por una injusta situación que le tocaba vivir.

En ese momento se improvisó un juego - trabajo, se pidió que todos se paren y dijeran nuevamente su nombre en una rueda dinámica que caminaba en círculo y entonces se escucharon Carlos, Cintia, Matías...cada vez más fuerte, cada uno tenía que ir repitiendo su nombre una y otra vez. El niño en cuestión no lo decía, entonces la docente nos dio su verdadero nombre y todos empezamos a pronunciarlo, lo rodeamos y cada vez más fuerte al grito de "Jerónimo, Jerónimo, Jerónimo". Terminada la escena, nos sentamos nuevamente y volvimos a comenzar allá donde habíamos terminado, en que cada uno dijera su nombre y cuando le tocó el turno, a Jerónimo, pudo decirlo con una sonrisa, el juego lo permitió.

Otra experiencia directa de una situación de emergencia fue cuando se realizó una visita guiada en el marco de la muestra de fotografías de la serie "Ya no me hago pis" de Néstor Favre Mossier, donde se retrataban (sin presencia de la figura humana) varias escenas cotidianas simples. Frente a una obra que mostraba un charquito al lado de un par de zapatitos y otra que mostraba un cinturón de hombre colgado detrás de la puerta, un niño del grupo rompió en llanto prolongado. Todos quedamos sin palabras, solo atinamos a acercarnos, brindarle afecto, tomar su mano y el relato surgió. Era evidentemente golpeado y maltratado por su padre, cada imagen despertó en él su propia y desgraciada vivencia, también allí se dio lugar a lo emergente, que había surgido sin posibilidades de obviarlo o seguir con lo previsto.

Todo esto viene a dar cuenta de que una situación de emergencia social como las que se vivieron en esos momentos, no hacen más que decirnos como tenemos que actuar y determinar que frente a la crueldad de ser golpeado o a la pérdida de la propia identidad sólo tenemos que usar nuestro sentido común, nuestra solidaridad y nuestro afecto humano.

Todos los que estamos a cargo o trabajamos en museos estamos expuestos a que ocurran estos y muchas otras cosas que determinen el cambio abrupto de lo pautado. En momentos como estos es absolutamente necesario que el contexto inmediato se desarticule para dar paso a lo importante que es la situación emergente.

Esto que he contado no son sólo anécdotas, cambió nuestra manera de ver y concebir el museo, siempre pensado como receptor de personas, como lugar que frecuenta el público más variado, donde se organizan relatos literarios a partir de los relatos visuales, donde se diseñan delicados montajes, donde se generan actividades formativas, capacitamos a grupos, exponemos las más variadas expresiones artísticas, es también el lugar donde todo, absolutamente todo lo mencionado queda en un plano secundario ante la vivencia personal que se presenta. Un problema serio que tiene alguien es algo inesperado, pero se cuele con crueldad frente a nosotros y pasa a tener el primer plano, ser la prioridad única y debemos atenderlo.

Lic. Stella Arber
Directora MAC UNL